

disipara aquella esperanza, y con mucho, que al darle certidumbre le daba nueva vida y más vigor. Fijaba ya el Prelado el 19 de Noviembre para la consagración,—la fiesta de la Presentación de María Santísima,—para la solemnidad el 21, y su llegada á la ciudad para el dia 15. Todo era preparaciones en el Templo para sus grandes actos, y en las casas y en la ciudad para la fiesta popular. En cuanto á la alegría y al entusiasmo vendrían espontáneamente y sin preparación. Estaba como en su causa en el grande acontecimiento y en las almas.

«Amaneció el dia 15 de Noviembre y á su primera luz partieron de esta ciudad, camino de la Encarnación, el Sr. Cura D. Clemente Pérez y el Sr. Pbro. D. Isidoro Rodríguez, Capellán Mayor del Santuario. Ya se sabía el objeto de su viaje; pero si no se hubiera sabido, se habría adivinado, porque la alegría que revelaban y el entusiasmo que se manifestaba en su expresión, indicaban casi la presencia de un acontecimiento muy plausible: el pueblo diría que iban pidiendo plácemes. Los sentimientos grandes no se ocultan.

«Iban al encuentro del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza, que acompañado de algunos miembros del venerable Clero que componen su familia, venía á dar lleno á los deseos de su alma y de su pueblo. Al verlo caminar así se hubiera dicho que era un ilustre peregrino que iba á cumplir un voto. No se sabe lo que pensaba durante su camino; pero de seguro sus pensamientos estaban saturados de piedad: iba por la primera vez á consagrar un templo, él, que en su larga vida de Pontífice, habia ejercido todos los actos del Episcopado: y ese templo era el Santuario de Santa María de San Juan, famoso entre los famosos de nuestra República. Y lo iba á consagrar solemnemente. . . . iba á dejar en él algo de su propia consagración. . . . lo iba á hacer partícipe del Espíritu Santo que él mismo recibió. Sólo los Obispos saben las emociones que preceden, acompañan y siguen á la consagración; sólo ellos las perciben en su atmósfera impregnada de gracia y misticismo. El alma del Obispo vive en su ministerio como el entendimiento en la verdad, el corazón en el amor, y el ángel en el cielo. El ministerio necesita al minis-

tro, y éste sin él se asfixia. Por esto sólo los Obispos que han consagrado templos saben muy bien lo que entonces se siente. Los demás fieles sabemos lo que se siente al ver, pero no aquello. Yo pienso que si el peregrino desde lejos descubre su cabeza y se arrodilla al saludar este Santuario, cuando sólo viene á visitarlo, el ilustre Prelado que lo consagró y dejó en él el sagrado recuerdo de su santa y singular visita, lo saludaría con especial salutación y esquisita ternura.

«No hay para qué consignar aquí las alegres expresiones con que los viajeros de San Juan saludaron á su respetable é ilustre huesped, ni las afectuosas y no menos festivas con que el Prelado y su familia, con su delicada y finísima puntualidad, correspondieron.

«Desde entonces juntos y sumamente alegres se dirigieron á San Juan, devorando rápidamente lo que restaba del camino. Llegó la hora de verlo y lo vieron gozosos, y algún tiempo estuvieron contemplando la singular belleza de su panorama, la majestad de su Santuario y la finísima delicadeza de sus altas y graciosas torres que, á semejanza de suspiros, se lanzan hasta el cielo desde las profundidades del valle.

«Un alegre y festivo repique general anunciaba al pueblo la llegada del ilustre Prelado. Por el camino y en las calles el pueblo con su muchedumbre y sus grandes movimientos lo recibía entusiasta, pidiendo desde luego lo bendijera. La calle principal convertida en elegante y bellissimo salón, que el gusto y el genio habian adornado con gracia, se abría espaciosa, aunque inundada de la multitud, frente al viajero ilustre, que al són de la música de la ciudad, hacía su entrada en verdadero y pacífico triunfo. ¡Cuán dulces son estas manifestaciones espontáneas de amor y de adhesión! Se goza mucho al darlas; tal vez no más al recibirlas.

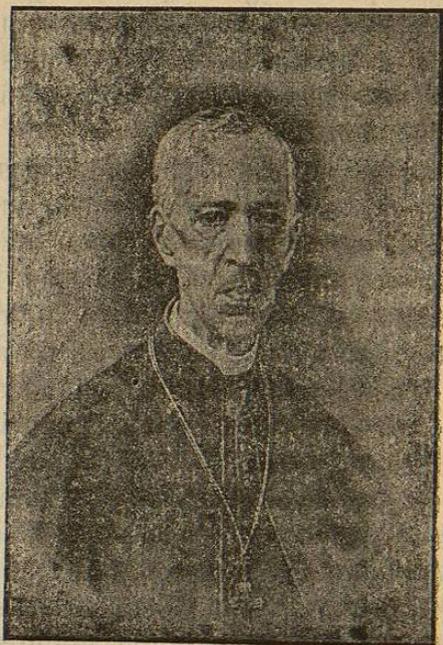
«Así fué conducido hasta la casa del Santuario, que regiamente amueblada recibía al ilustre y virtuoso Prelado, benemérito ya del Templo y la ciudad. Por la noche centenares de luces artísticamente colocadas, coronaban de estrellas, con siete hermosísimas coronas rematadas por la cruz, las elevadas torres del Santuario; lo demás del edificio estaba profusamente iluminado con no menos ingenio y habilidad.

Se hubiera dicho al verlo, que era uno de esos edificios fantásticos, ideado por los poetas y atribuido á los magos del Oriente. El atrevimiento y el genio se disputaban la corona. *Era la iluminación de San Juan.*

«Así recibió esta ciudad entusiasta á su ilustre Pastor.

«¡Grande y útil lección á la posteridad!

«Apenas llegaba el Ilmo. Sr. Loza cuando se recibió la plausible noticia de que el lunes siguiente llegaría el Ilmo.



Ilmo. y Rmo. Sr. D. Pedro Loza,

2.º Arzobispo de Guadalajara y consagrante del Santuario.

Sr. Dr. D. Tomás Barón y Morales, encargado de la oración que debía pronunciarse el día de la solemidad. Venía no sólo á esto, sino también á dar con su presencia mayor realce á la fiesta. Se sabe que es costumbre de la Iglesia asistir los Obispos que se pueda á la consagración de los templos. La ciudad, que había recibido con la posible magnificencia á su propio Prelado, no quería recibir menos solemnemente

al huésped magnífico que venía á honrarla y á tomar muy activa parte en su sagrada fiesta. Así es que resolvió volver á engalanarse como en el día anterior, y recibirlo, llegada la vez, con igual pompa. El ilustre Prelado de Guadalajara quiso que fuera todavía mayor, porque él mismo se dirigió á Santa María, á cinco leguas de distancia y estación del ferrocarril, para esperar y recibir al grande huésped que en señal de fraternidad venía á la fiesta de su vecina Arquidiócesis. Sin querer dió una lección de urbanidad cristiana con su ejemplo, y se manifestó digno de su pueblo.

«Santa María estaba de fiesta por la venida de esos personajes, aunque pacíficos, muy grandes, y aunque muy grandes, muy queridos. Se les recibía con las expresivas demostraciones nacionales: guirnaldas de fresquísimo verdor, flores, música, etc., pero además con la alegría que reciben los hijos á sus padres. Se reunieron allí los vecinos principales de San Juan y juntos con su Ilustrísimo Prelado, no tuvieron mucho que esperar. Se vió la locomotora, los vagones y á poco el ilustre Diocesano de León era saludado mediante significativas, afectuosas expresiones, por el Arzobispo de Guadalajara. ¡Los circustantes conmovidos vieron ese saludo que nunca olvidarán! Se conocía muy bien quiénes se hablaban; se veía claro quién era su Maestro. Se puede asegurar que esta entrevista fué de lo que se llama edificante. Nada de desconfianza, de reserva, de.... falsedad hubo allí. La afebilidad los envolvía.

«Después de descansar un poco y tomar una comida debidamente preparada á poca distancia de Santa María, paraje engalanado también para recibir á los viajeros, continuaron su marcha seguidos de muchísimas gentes de diversas clases, que cada una á su modo les hacía compañía con entusiasmo. ¿Qué tienen esos hombres, pudiera preguntarse, que así los ama el pueblo? Los caseríos del tránsito lucían sus galas y se animaban al pasar los viajeros. Aquello era una sencilla fiesta de los campos, una ovación que recibían de paso. ¿Por qué el pueblo es así? Siendo esquivo otras veces ¿por qué ahora se comunica tanto? ¿No probará esto el sentimiento religioso, vivo aún?

«La llegada fué una cosa del todo semejante á la que he referido hace poco. La misma alegría, el mismo movimiento popular, la misma iluminación, la misma fiesta.

«Se acercaba en tanto la Consagración del Santuario. El ilustre Prelado vió por sí mismo todos los preparativos: las cruces de los muros, la grande piedra del altar, las reliquias de los santos Mártires Víctor, Adeodato é Irene que para colocarlas se habían traído de Guadalajara, la elegante capilla en que la víspera se habían de velar solemnemente, los ornamentos nuevos, todo, todo lo que hay que preparar. Nada faltaba. Se conocía muy bien que la Santísima Virgen lo había dispuesto y arreglado todo.

«De antemano se había repartido entre el pueblo una reseña de las augustas ceremonias de la Iglesia en la consagración de los templos, para que, espectador ilustrado, fuera viendo en cada una de las mismas la grande idea que le da vida. Como se esperaba, el pueblo se instruyó, y ya instruido era cada vez más grande su empeño en asistir á la Consagración. La consagración de los templos es un acontecimiento raro, y por lo mismo, fuera de su propia dignidad, tiene el atractivo de lo admirable.

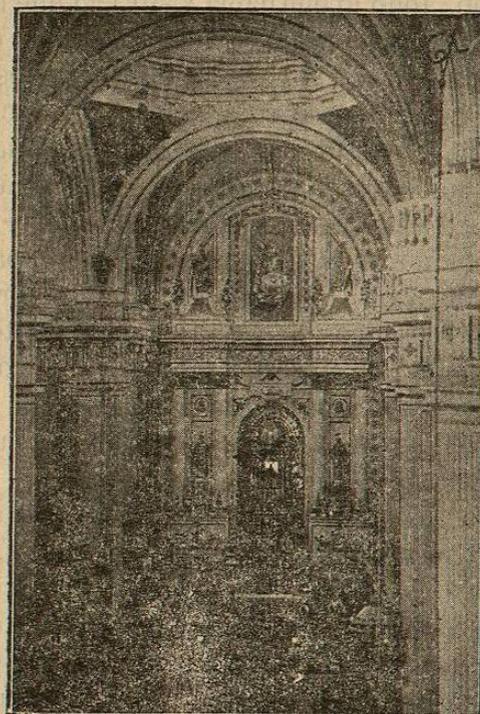
«Sabía el pueblo que se había de ayunar la víspera, y con religiosa puntualidad cumplió esta santa prescripción. El ayuno era voluntario y se cumplió como si fuera obligatorio. El ayuno fué acompañado de oración. Por la noche, mientras las torres y demás partes notables del Santuario se iluminaban como el cielo, en la capilla de las reliquias situada al Sur rezaban los sacerdotes, á la luz de doce hachas, el oficio de los Mártires, y el pueblo con cirios encendidos velaba arrodillado.

«Amaneció el día 19, y el Prelado, á las seis de la mañana, acompañado de once sacerdotes, dió principio á la Consagración practicando lo que el Pontifical previene y se refiere en la adjunta reseña. (*) Yo sólo debo referir lo que no consta allí: el profundo recogimiento y la piedad y devoción con que el pueblo lo iba mirando y estudiando todo. ¡Más de una vez se

(*) En el *Apéndice* se podrá leer el acta oficial de este solemne acto.

oyó que con su voz salida de grande muchedumbre repitió santas invocaciones! ¡Más de una vez se le vió llorar enternecido! ¿Por qué el pueblo no siempre es así?

«Llegada la hora entró en el templo que se le abría consagrado y lo inundó á pesar de sus grandes dimensiones. Todos querían entrar, como si se disputaran la felicidad de ser el primero.



Interior del Santuario.

«Pasada la Consagración, que duró cinco horas, el pueblo se retiró bendiciendo á Dios y enriquecido con sus gracias.

«La Consagración había pasado. . . . Los ardientes deseos de tantas almas estaban cumplidos. . . . El Santuario estaba consagrado. . . . El siglo XIX no pasó por él sin dejarle un gratísimo recuerdo. La tarde lo alumbró después de la Consagración, por la primera vez, con las doradas ráfagas de esos crepúsculos que suelen alumbrar nuestros días de ventura: la

noche extendió su bóveda estrellada, como otro templo del cual fuera éste el tabernáculo.

Entonces volvió á iluminarse el exterior del Templo, y parecía que cada una de las luces era una gracia, y todas juntas en su armónica disposición, las jerarquías angélicas que se cernían sobre él.

Recordaba entonces el pueblo, cuando la noche invitaba á la meditación, todo lo que había visto y lo que había escuchado. Miraba al Ángel del Señor cerca del altar del Templo, con su incensario de oro, y con muchos inciensos que le dieron, radiante con su aureola de gloria y de oración. Veía á Dios cubriéndolo con sus alas, y seguro se refugiaba bajo de ellas; oía el himno de toda la tierra que adoraba á Dios y alababa su nombre; veía que se disipaban todos los enemigos del Señor como humo en el ambiente. . . . Y gozaba con estos santos recuerdos y piadosas visiones. La Consagración era el centro de todas las ideas, de todos los sentimientos, de todas las conversaciones. Quien quisiera ponerse en contacto con todos, no necesitaba sino pensar en ella. Atraía las miradas como el raudo cometa que hace poco voló por nuestro cielo, como un habitante de otro mundo.

«La Consagración pasó; empero su efecto permanecerá mientras dure el santo Templo. La consagración, como Dios, nunca se acaba: como Él no puede tener repetición; á semejanza de la vida eterna, dura lo que dura el sujeto. ¡Qué perpetuidad tan admirable! Podrá, lo que Dios no permita, ser violado el Santuario por la malicia humana; podrá, podrá destruirse en alguna de sus partes por algún sacudimiento de la tierra, ó por un sacudimiento de los hombres, todavía más horrible; será necesario reconciliarlo alguna vez; pero no podrá volverse á consagrar. La consagración, como el bautismo, sólo una vez se puede recibir, y una vez recibida no se pierde.

«La consagración es lo último de la santificación de las cosas. Lo último. . . . También hay escala en la santidad de las cosas. Dios puso la jerarquía en todas partes: en las cosas, en los hombres, en los espíritus angélicos. Solo Él no tiene jerarquía.

«Lo último. . . .

«El día 21, Presentación de María Santísima en el Templo, fué designado por el Ilmo. y Rmo. Señor Arzobispo para solemnizar la Consagración del Santuario de María Santísima de San Juan. No podía escogerse un día más propio. Así como niñita fué presentada por sus padres en el templo de Jerusalén, hace cerca de dos mil años, así ahora se presenta en este Templo, que levantó á Dios en honor suyo la piedad de sus hijos, y que la misma religión consagró el 19 del corriente. Fué á santificar con sus virtudes aquel Templo: tendrá sus ojos y su corazón en éste todos los días, para escuchar las oraciones, y mirando á sus hijos, bendecirlos.

«¡Dígnate, dulcísima Virgen, habitar en tu Santuario, como habitaste en el templo de la ciudad de Dios, mansión de paz!

«Desde las Vísperas fué grande la solemnidad, como lo demandaba la magnificencia de un acontecimiento tan glorioso. Los maitines no fueron menos solemnes y animados. El Capellán Mayor del Santuario, á cuyos esfuerzos y solicitud se debe la Consagración del Santuario, algunos párrocos y más de treinta sacerdotes, domiciliarios y extraños, llenaban la elegante sillería del presbiterio, mientras el pueblo invadía gozoso la amplísima extensión del Templo. ¡Qué bien resonaban entonces las alabanzas del Señor! La perfección con que la capilla ejecutó el canto y música de esta solemnidad, parecía consagrada también. El prisma de la consagración descompone todos los resplandores en misteriosos y bellísimos rayos. A la luz de centenares de focos que artísticamente iluminaban el Santuario, eran dignos de verse aquellos venerables sacerdotes y aquel pueblo piadoso y enardecido, en aquel templo recientemente consagrado, donde es tan fácil ser piadoso. En otras partes se necesita un esfuerzo para santificarse; aquí es necesario para no hacerse santo. Involuntariamente se pensaba en el cielo, y los suspiros por esa patria se escapaban de todos los pechos humanos. Así es el culto. Darlo es vivir. El corazón de los impíos está atrofiado. En las solemnidades, vuela el alma, cautiva otras veces. Bien sabe, tiránica la impiedad, lo

que hace el cautivarlo. El exterior del templo estaba profusamente iluminado, y parecía que sus brillantes luces eran más que los resplandores de la fiesta, los suspiros de las almas que él estaba abrigando; tenía un manto de gloria, una de esas aureolas con que la idealidad envuelve sus aspiraciones.

«El día 21 la solemnidad tocaba á lo último.

«El Ilmo y Rmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara iba á oficiar en la función. La misa pontifical, tan majestuosa y grave, iba á celebrarse en el Santuario secular, solemnizando su Consagración. El grave y hermosísimo Santuario, rica y elegantemente adornado, se presentaba con todos sus atavíos, como joven esposa en el día de sus bodas. No dejaba nada qué desear. Su santa Imagen á manera de un sol resplandecía en el trono, circundada de una aureola de luces; su ambiente perfumado, sus ricos y hermosísimos adornos, sus Pontífices, su numeroso Clero y su gran pueblo se correspondía con gratisima armonía. Se celebró el Divino Sacrificio con efusión de admirable ternura, fomentada y guardada en las almas por una orquesta magnífica y un canto expresivo y sentimental.

«El Ilmo. Sr. Obispo de León, Dr. D. Tomás Barón y Morales, ocupó la cátedra del Espíritu Santo. Seria inútil decir en sustancia su instructiva y patética oración, si han de verla íntegra mis lectores; pero no lo es, decir que produjo admirables efectos y que el pueblo le escuchó conmovido. Su elocuente discurso; que admirarán cuantos lo leyeren, es digno de la solemnidad, del ilustre orador y del pueblo que tanto lo admiró.

«Concluida la misa, el venerable, el anciano, el grande Arzobispo de Guadalajara, el Apóstol de la niñez y el Regenerador del porvenir, alabó conmovido el nombre del Señor, y teniendo su báculo en la mano, hecha tres veces sobre el pueblo la señal de la cruz, lo bendijo con ternura y con sentimiento inexplicable. El Prelado y el pueblo se entendían: la santa unidad que los liga y especialmente los ligaba en aquella hora solemne y singular, llevaba de uno á otro las ondas del sentimiento: sus almas estaban á nivel. El pueblo

lo bendecía á la vez, deseándole muchos años de felicidad.

«Aquello era una despedida.

«Lo restante del día fué también una fiesta religiosa y pública. Las sombras de la noche volvieron á disiparse con las brillantes luces del Santuario, que como almas ávidas de la eternidad iban al cielo.

«Es sabido que la consagración del Templo tiene octava solemne. Se celebró debidamente con la piedad y devoción que no sólo caracteriza á los fieles de esta ciudad, sino que era de desearse en tan grandiosos días.

«Durante la octava, San Juan, que con tanto placer había recibido á sus ilustres huéspedes, los vió partir nuevamente. Primero el Ilmo. Sr. Barón y después el Ilmo. Sr. Loza, que lo acompañó hasta la estación donde lo había recibido, se retiraron dejándole imperecederos recuerdos de santa gratitud. Cuenten esos ilustres Prelados Mexicanos con memoria inmortal en muchas almas. Triste San Juan los vió partir. ¡Ojalá no sea la última vez que tenga la felicidad de recibirlos!

«El día 25 se volvieron á solemnizar las vísperas y los maitines como en la fiesta principal. Interior y exteriormente iluminado el Templo, y con grande concurso de la piadosa multitud, tuvieron lugar las solemnidades. El 26 se hizo la función de la octava, devotamente celebrada por el pueblo y muy bien ejecutada por la orquesta del Santuario. Predicó en ella casi una hora el Sr. Cura Dr. D. Ignacio Díaz, cuyo discurso se puede ver después de este artículo. Al predicador lo edificó el sentimiento y la piedad del pueblo.

«Con esto y con la solemnidad de la tarde concluyó la primera octava de la Consagración del Santuario de Santa María de San Juan.

«Este conjunto de fiestas deja en las almas una estela luminosa que no se apagará, y un recuerdo dulcísimo que traerán á su memoria después de muchos años, para gustarlo siempre con nuevo placer.

«La Consagración del Santuario es un grande hecho de la Historia Eclesiástica de San Juan, de Guadalajara y de México. Grande por sus trascendencias incalculables, y por-